

Darío no haya conocido en su más secreto mecanismo y tratado en consecuencia con peregrina gracia é insuperable maestría.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

RECUERDO DE UN HOMENAJE

LOS FUNERALES DEL  
BUEN RETIRO

—Mañana, á las tres y media, en el Museo de Reproducciones—, me dijo González Olmedilla, persona loca y poeta cuerdo, cierto sábado del desequilibrado mes de Febrero.

Como no articuló una palabra más, ni me dió tiempo á inquirirle el objeto de su deseo, yo me dí á cavilar, probablemente, con la intención fantástica de que algún diablillo invisible me descubriese el misterio de la cita dada por Olmedilla.

El diablo, como supondréis, no me favoreció. Y no me indigné contra él. Reconozco que es un inexorable demócra-

ta, lo suficiente para que mi admiración le sea propicia.

Cuando nos vemos encarcelados en la tupida red de algún misterio, clamamos, con los nervios y con el alma, por la espontánea presencia del *diablillo invisible*, para que él—desconocido bienhechor que nunca llega—nos descubra lo que queremos, devolviéndonos á la absurda vida deliciosa de la despreocupación. Pero, á nadie atiende.

He aquí su excelsa democracia. Claro es, que la mayoría de los misterios humanos, tienen, como los hombres, su *juicio final*; es decir, dejan de ser misterios para convertirse en algo vulgar y público; pero no es aquel diablillo precisamente quien los desenmascara, sino el verdadero enemigo de todos los misterios, enemigo que conocemos por el clarísimo nombre de "realidad concreta", omnipotente signo-dios de la madre Natura. Cuando éste presenta su gesto austero y descarnado, no queda en el am-

plio cielo psicológico ni rastro de la nube más tenue. Y él fué—el signo-dios de la madre Naturaleza—, quién al día siguiente en que acudí á la cita del "poeta cuerdo y persona loca", devolvió á mi espíritu su quietud perdida.

¡Domingo! Y para que en el corazón de las gentes hubiese también fiesta, el sol, desde su trono excelso, derramaba su oro entre oleadas mansas de brisas primaverales. Era un día de luz en que las alegrías íntimas y las ambiciones del vivir se encuentran, se trenzan, se unen y se colocan el anillo nupcial de las bodas soñadas...

Hacia el Museo de Reproducciones enderecé mis pasos. Dominábame la idea de que iba á ser espectador de una locura. Y esto me hacía andar de prisa. Desde tiempo ha, siento por las locuras cierta recóndita adoración. Se que hay locuras fatales; pero en cambio hay otras encantadoras que me seducen. Se me ma-

nifiestan como la más genuina representación del mundo. Porque el mundo no es sino un loco de atar; acaso un manicomio para el que no ha nacido un cancerbero..., lo que me importa poco. Sólo me interesa cuanto aletea y se estremece dentro del propio inmenso manicomio. De aquí que sus locuras encantadoras, las locuras que ríen y hacen reír, las que son gloriosas porque, viviendo, se engrandecen, las que brotan del alma fuerte, con explosiones de felices ingenuidades, me enamoren y me seduzcan...

Penetré en el Museo. En el vestíbulo, una mano amiga me saluda. Es González Olmedilla, que me conduce á la nave central. Me enseña unos maravillosos ejemplares de poesías del nunca poeta muerto Rubén Darío y me presenta á unos amigos, pero sin revelarme aún el objeto de la reunión. Recorremos casi todo el Museo, extasiando nuestros sentidos y elevando el alma en la contemplación de las múltiples maravillas es-

cultóricas esparcidas por los vastos salones. Son instantes de grandeza sobrehumana. En ningún otro momento siente el corazón el ansia de ser grande como en el que se está en presencia de una obra prócer. Cuando tornamos á la nave central, allí donde los dioscóbolos inmortales y la eterna Victoria de samotracia, sobre todas las demás maravillas, erigen los trazos valientes de sus locas bellezas, encontramos otros amigos.

Nos reuníamos ya una veintena. Y el *faunesco* Olmedilla, advierte:

—Hay que comenzar la lectura.

Asienten los que no ignoran lo que se iba á hacer, callamos los demás y todos formamos un círculo al pie de la enorme Victoria, egregia, magníficamente bella. Diríase que el navegante de alas gigantescas, enterado del sentido íntimo de nuestro acto, nos mostraba su pecho —el más glorioso de los poemas épicos— como alentándonos á enaltecer cuanto Naturaleza hizo sublime.

"El pobre Juan", con palabra indecisa, pero sincera y expresiva, nos advirtió que se iban á leer poesías del inmortal Rubén, en homenaje á su eterna memoria. Terminada la lectura aquella, se darían otras en distintos lugares del Retiro. No se pretendía sino exteriorizar de una manera libre y anónima, la admiración que por el poeta tan hondamente sentíamos los allí congregados.

¡Supe, al fin, la locura!... Y al sólo anuncio de ella, se recogió mi espíritu, La espontánea impresión que recibí, fué, en verdad, sincera, fuerte y honda. Espiritualmente me ausenté del salón. Aquel responso tan pueril, aquel inocente funeral tenía todo el dolor angustioso de un corazón de novia herido sin acero. Embriagado en religioso sentimentalismo, me dispuse á presenciar cuanto hicieran los jóvenes artistas, sacerdotes de aquel íntimo responso. Olmedilla, primero; Alfonso Camín, Mauricio Bacarisse, Sinesio García-Fernández, Uriarte

de Pujana, José Escudé, luego, leyeron composiciones de Rubén Darío. El acto, en este sitio, no tuvo la aprobación entusiasta que merecía. El auditorio era de los que otros llamarían escogido, el peor de los auditorios cuando lo que se le regala hay que juzgarlo con el corazón y no con el cerebro. El cerebro es tan inútil en ciertos momentos de la vida, como el corazón en otros. El saber humano consiste en conseguir que cada cual funcione en el momento adecuado, en encajar cada uno en su propio marco. Y esta función alterna de inteligencia y sentimiento escaseaba allí... Así, no nos fué difícil sorprender gestos agrios y sonrisas necias rubricando aquel acto como si bubiese sido una pantomima grotesca, idiota. ¿Quién es, sin embargo, el idiota, sino el que dibuja una sonrisa de indiferencia, allí donde hay que dibujarla con respeto y cariño? ¡Pobres cerebros los que no funcionan oyendo al corazón!

Asaltamos en silencio el *parterre* del Retiro, donde habría de celebrarse la segunda parte del Responso... Las gentes nos miraban con recelo, sonriendo burlesonamente. La indumentaria extraña de algunos del cortejo hacía reír. Las gentes quieren que las gloriosas melenas de Espronceda y Bécquer, hoy no se luzcan. Lo creen ridículo y se ríen... ¡Pobres chambergos, pobres melenas, pobres chalinas!... Los gustos de estos tiempos se mofan de vuestra estética... Pero, sed rebeldes. Después de todo, uno de los encantos de las almas fuertes es ése—la santa rebeldía...

El *parterre*, lleno de sol, envuelto en tibio ambiente, regocijado de risas infantiles, congestionado de sonrisas pícaras, saturado todo él de vida grata y amable, resplandecía como un pabellón de fiesta, en que los goces íntimos se confunden bajo un desbordamiento de perfumes humanos. Nadie sabía cómo reunir la gente diseminada, para que todos oyesen

el verbo de Rubén Darío. El trance era difícil. Ya habíamos oído frases poco halagüeñas. Nos decían “poetas”, como un insulto. Y los epítetos de “chiflados” y “locos” tampoco escaseaban. Pero entre nosotros alguien habría que se sobrepujase á la indecisión reinante, y este fué el audaz Olmedilla. Su admiración por Rubén, estaba por encima de todos los ridículos miramientos sociales, y era forzoso demostrarlo. En la gradería de una estatua, frente á un paseo de olmos desnudos, con palabras suaves y gestos cariñosos, requirió la presencia de cuantos niños jugueteaban encantados por el *parterre* magnífico. Acudieron las deliciosas criaturas dando saltos, atropellándose unos á otros, y formaron un corro bullicioso y riente. Detrás de ellos, algunos adultos acercáronse al corro, atraídos sin duda, por la novedad del espectáculo; y sonreían grotescamente, mientras que en las pupilas de los niños vibraba una pregunta: “¿para qué nos llaman?...” Y

respondió el organizador: "Para leerlos versos de un poeta que ha muerto, de un poeta que os quiso mucho y dijo de vosotros cosas encantadoras. Amadle: Se llamaba Rubén Darío." Y las manecitas blandas se unían palmoteando en una explosión de gratitud...

Silenciosos, boquiabiertos, adormidos en éxtasis de fascinación leda, como si oyesen el rezo santo que musitan las madres para dejarlos entregados al sueño, escuchaban las hermosas estrofas del poeta. ¡Funeral más sentido no se da en la tierra! El alma-niño es alma cumbre allí donde el sentimiento la recoge.

Estos momentos de emoción profunda, fueron sellados con sello de oro por una paradójica exclamación sincera y elocuente de los niños: ¡Viva Rubén!

Y acaso éste apartaba la losa de su tumba para enviarles su gratitud en un sagrado madrigal hecho de besos...

Diéronse dos lecturas más. Una frente

al Estanque Grande, la última al pie del monumento á Campoamor. En la primera de estas dos hubo de todo; gente que reía y gente que callaba, cerebros burlescos y corazones comprensivos. Aquellos se esparcieron, se apartaron, olvidándose de nosotros; los últimos, éstos, nos siguieron atentos, extrañados, sí, pero ebrios de sano regocijo hasta la estatua del viejo poeta, sitio elegido para dar por terminado el responso á Rubén...

Se ocultaba el sol en el oro voluptuoso de su ocaso. Por entre las frondas del parque gentileaban puntos de luz, dorados y rientes, luminosos y bellos, como ensueños de novias, como versos divinos del eterno Darío... La hora decía rondes de amor. Flotaba entre nosotros el sentimiento de un silencio pagano, saturado de grandeza, de gratitud y ternura. ¡Qué instantes más bellos! Dos criaturas morenas, gratas como mieles, sensitivas como oraciones, débiles como una lágrima, con ojeras de lirios, labios de guin-

das y belleza de virgenes, nos sonreían... Eran sus sonrisas un dulce amanecer en aquel frío crepúsculo de la tarde lánguida, dorada y misteriosa... En el silencio augusto las estrofas más bellas de Rubén entraron hasta el rincón más íntimo de nuestras almas. Ni uno que riese y nos creyera chiflados y petulantes. Al unísono, sentíase la admiración hacia el poeta, cuya muerte desconsoladora motivaba aquel acto pueril, sincero y sublime á un tiempo.

—“¡Gloria á Rubén!”—gritamos todos, con voz del corazón, y terminó el responso...

Nos felicitaron unos extranjeros... Las nenas morenas, sentimentales como quimeras tristes, tenían en sus párpados, perlas temblorosas, dos lágrimas... El sol, como inmensa ascua redonda, exhalaba su postrimer suspiro de luz y encantamiento. Diríase que la tarde se despedía recitando una estrofa del poeta excelso, del poeta único.

Con sencillez peculiar en mí, toscamente si queréis, he pretendido describir cuanto hube de presenciar cierta espléndida tarde en homenaje á la memoria del inmortal Rubén. González Olmedilla, conoedor de mi admiración por el poeta único, perdido para siempre aunque su alma-cumbre flote en la inmensidad entre sus versos majestuosos, me pidió unas cuartillas para el libro presente relatando aquellos funerales; cuartillas que he escrito en recuerdo del responso encantador, bajo los árboles del Buen Retiro, aquel día en que mi alma jóven sintió, gozó las emociones más profundas de su vida...

JOSÉ TÉLLEZ MORENO.